

VI

CLARA NIÑA

En un viejo lugar de las montañas de León, de aquellos que por lo tristes y pobres se llamaban *pueblos olvidados*, vivió siglos hace un labrador dueño de la más cuantiosa hacienda del contorno, pródigo y original hasta el punto de reunir a sus tres hijos—mozos bien dispuestos ya para la vida—y repartirles el lote familiar invitándoles a seguir cada uno su camino, como en los cuentos de hadas: uno de los jóvenes había de ser militar, otro letrado y el otro comerciante.

Los tres aceptaron con gusto la paternal resolución y quiso el primero servir al Rey, el segundo estudiar en Salamanca y el tercero embarcarse con rumbo al Perú en calidad de mercader.

El estudiante salmantino, Juan Pérez de Viedma, parte muy principal de nuestra historia, aprovechó el tiempo mediante su aplicación y el buen auxilio de su hermano, el de las Indias, que desde allá le ayudaba con abundante dinero.

Convertido pronto en legista, rico por una brillante boda, llegó a ser auditor de la Audiencia de Madrid. Había enviudado para entonces y tenía una hija encantadora por lo bonita y dulce.

Clarita se llamaba, y era el nombre, como el rostro y la voz, un trasunto de luz y candidez. De los ojos, de la palabra y la sonrisa le iba fluyendo una especie de mansa claridad en la forma de un nimbo, el aura de inocencia que despiden los ángeles en el cielo y que en la tierra apenas se descubre a la espiritual contemplación humana.

Con todo recato y solicitud guardaba el oidor su joya; pero cuando una linda criatura tiene quince años, suele el dios ceguelo flecharla al través de mantos y celosías, lo mismo que si ella enseñase desnudo el corazón.

El lienzo que la brisa alzó en una ventana; el pliegue de la mantellina desmandado en la iglesia; un cantar dicho a la luz de la luna; un suspiro, un acorde que atraviesan el aire... Nunca supo Clarita cómo fué, pero un día sintió que no sonaba su pecho acompasado como el ritmo de unas alas, sino violento y tumultuoso igual que el rebalaje de un torrente. Al mismo tiempo en la apacible imaginación de la nena se levantaba dominadora la figura gentil de cierto vecinito a quien ella veía algunas veces por las ventanas del patio.

Era un mozo, casi niño, señor de lugares y heredero de poderosa familia. Dijo amores a Clara, con los ojos, de tan elocuente manera, que pronto la dejó cautiva de aquel fino querer, esclava de peregrinas inquietudes.

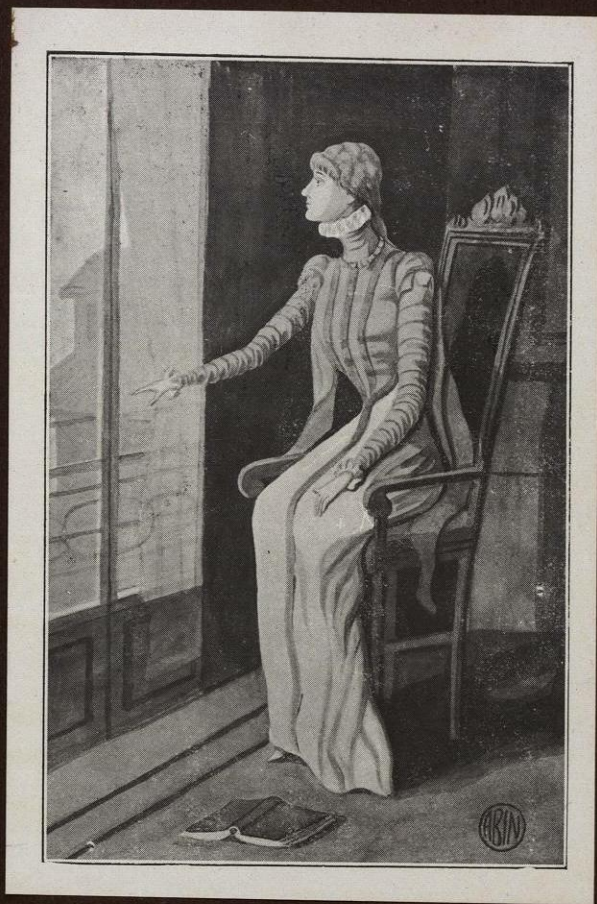
Vivían como en sueños estas dos criaturas, contemplándose desde las ventanas entre cortinas y suspiros, cuando fué el oidor legionense trasladado a la Audiencia de Méjico, para cuya capital debía embarcarse en el puerto de Sevilla.

Tímida y ruborosa, no halló Clara ocasión de avisar a su enamorado ni mucho menos acertó a despedirse de él. Aún tuvo la honda pena de no verle en los últimos días y de saber, por fin, que al enterarse de la repentina marcha se había sentido enfermo.

Triste y sin ánimos salió la hermosa niña de Madrid, que aunque la conducía a hospitalaria tierra el profundo cariño de un buen padre, otro amor, cándido y noble también, se desvanecía para ella en el alegre cielo español.

Aléjanse ya nuestros viajeros por los silenciosos caminos castellanos cuando en una parada de su coche siente Clarita, de súbito, conmovedora sorpresa. Uno de los mozos de mulas que trajina delante de las caballerías es don Luis, el doncel madrileño, señor de estados, pretendiente de la hija del oidor.

Al reconocerle quédase la muchacha turbadísima, llena de ansiedad y gratitud. Goza



porque le quiere y le halla cuando menos lo espera, enamorado como nunca; sufre viéndole en hábito servil, trabajado y a pie, lejos de las comodidades de su espléndida casa. Y, a hurto del padre, ambos se miran con el mismo candor y el mismo fuego que allá en la corte fué margen de aquella romántica ilusión.

El idilio sigue desenvolviéndose a lo largo de las calzadas españolas, con secreto y dulzura singulares, y la viajera feliz se maravilla de encontrar a su novio tan apuesto y bizarro con el burdo ropaje de mozo de espuelas, como cuando vestía los ricos zara güelles y lucía elegante valona sobre la ropilla hidalga.

Mientras la muchacha se admira de prodigios tales, el disfrazado caballero, cubierto de polvo y de sudor, entona un sentidísimo cantar. Y ella, que escucha por primera vez la deliciosa voz del amado, se estremece de orgullo y de esperanza: brillan sus ojos con resplandores nuevos, arden sus mejillas, se aturde, temblorosa, a impulsos de una emoción sublime, al mismo tiempo que

en el lejano horizonte de la llanura tiembla, rojo, a poniente, el rubor de la luz.

Han caído al borde lueño de aquellas lontananzas los postreros fulgores del sol, y poco después, ya cerrada la noche, llegan nuestros caminantes al famoso ventorrillo manchego, cabe el Guadiana, allí donde, precisamente a la misma hora, se albergan dos bellas andaluzas protegidas por altos caballeros, y una linda mora con su futuro esposo.

El oidor leonés pide que le alojen, y al conocer su calidad de ministro togado, el ventero se deshace en cumplidos sin eficacia ninguna, porque la mezquina venta rebosa de gente, ya mal acomodada, y no es posible hallar ni un duro lecho.

Pero las señoras, Dorotea, Luscinda y Zoraida, que han merecido el privilegio de ocupar la única humilde habitación, se apresuran a recibir a Clarita como a una amable compañera más. La ofrecen con halago el mejor sitio, mimándola por lo niña y graciosa que se aparece en medio del bullicio venteril, y escuchan, llenas de júbilo cómo

don Quijote la celebra por hermosa y gallarda, en un altisonante discurso muy adornado con retóricas y floreos.

Crece la noche, se prepara la cena, y al calor de los manjares y del palique, sucede una nueva aventura en aquel lugar pródigo en tantas. El oidor reconoce en el cautivo acompañante de la mora a su hermano el militar, Ruy Pérez de Viedma, que después de gloriosas jornadas en la milicia, fué preso en Lepanto, sufrió cautiverio en Constantinopla y huyó desde Argel rescatado por la bella Zoraida.

Grandes son las emociones que este milagroso encuentro proporciona a los huéspedes, y apenas los comentarios se apaciguan un poco, van retirándose los viajeros a descansar como sea posible, ya sobre el respaldo de una mala silla o sobre el tosco asiento de un pobre escañil.

Las damas, acogidas al mejor refugio, procuran reposar, y, fuera, don Quijote incansable y hazañoso como siempre, en virtud de su noble locura, ronda el mesón, lanza en ristre, vigilando el tesoro de hermo-

sura que allí se encierra, y soñando con las más peregrinas ilusiones de amor y caridad.

Apacible es la noche, de pleno estío, y encendida de astros la contempla el celoso caballero, cuando una dulcísima canción rasga los aires, diciendo blandas querellas de amores y pesadumbres; la voz que canta es fina y pura como el agua corriente de la sierra.

Pronto la gente del ventorrillo se rebulle para escuchar, y alguien afirma que el trovador es un mozo de mulas que ha llegado últimamente con el coche de Madrid.

Dorotea, que atiende junto a Clara, dormida, la despierta deseando que disfrute de tan grata impresión.

—Niña—le dice—, escucha el más tierno cantar que puede gustarse: un mozo de espuelas, consumado artista, nos está arrullando.

Y la novia de don Luis, trasoñada y confusa, responde al oído de su nueva amiga.

—¡Ay de mí, que no es tal ese doncel tenor, sino un alto caballero, estudiante y poeta, señor de almas, y enamorado mío!

Así, «a escucho», con grande asombro de la moza andaluza, al son de los bellísimos cantares, Clarita refiere a Dorotea la ideal historia de sus amores. Teme ahora que no arriben a una dicha cierta, porque, ignorando cuanto pueden la hermosura y la virtud reunidas en una mujer, supone que vale poco y que al pretendiente de encumbrado linaje le buscarán los suyos gran casamiento con alguna damisela encopetada.

La niña hace estas reflexiones con seductora modestia, llenos de lágrimas los ojos al pensar que no merece un marido tan ilustre; pero luego sonrío ponderando el ingenio del rondador: sabe que lo que canta lo inventa, que lo que gime lo padece. Y olvida todas sus incertidumbres para bendecir las cadencias del amoroso romance...

Cuando al amanecer llegan los criados de don Luis, buscándole afanosos en nombre de su padre, ya Cardenio, don Fernando y otros amigos que en la venta se alojan, conocen los antecedentes de la ingenua pasión que

va por los caminos en mísero disfraz cantando y sonriendo.

Todos se interesan por el galán sufrido y por la dulce amada, y el oidor, enterado de lo que sucede, otorga su consentimiento para la boda, con la esperanza de que el padre de don Luis acceda igualmente viendo al hijo empeñado en aquella felicidad con firmísima decisión; que el muchacho, aunque muy niño, es terco y noble como quien lleva en la sangre un buen origen aragonés.

El sol que nace con la mañana tiene para los infantiles novios una suprema claridad, una rubia luz llena de infinitas gradaciones. Bañados en ella los despide la obra maestra de Cervantes, en la cual estos gentiles enamorados dejan una nota de cordial poesía, un cándido señuelo, albo y sutil, intangible como un perfume, un resplandor, una sonrisa, un cantar...

VII

CONTIGO PAN Y LAURELES